



«El fantasma de la Ópera», de Gaston Leroux, ha tenido mil y una adaptaciones. Cinematográficas, musicales incluso. La última llega en forma de novela gráfica de la mano de Christophe Gaultier. Amor, celos y misterio en el París del siglo XIX

«Las copas falsas, el veneno y la calavera de los teatros», escribe Federico García Lorca. Es posible que la calavera sea la de Hamlet, y las copas falsas las de Romeo y Julieta.

Lo cierto es que todo el teatro es copa falsa, veneno y calavera, porque el teatro es la celebración de la muerte. Un

mundo parecido a este pero donde la luz es más tenue. Un mundo como el nuestro, pero falsificado, como el reflejo en un espejo ligeramente deformante. Un mundo como el nuestro, pero condenado a repetirse una y otra vez.

El teatro escenifica lo que no es, lo que no hay, lo que no dice, la ausencia del cuerpo, la sustitución del cuerpo por su misterio. Los teatros siempre

se edifican sobre agua, un elemento conductor del sonido. Se edifican sobre lagunas, sobre lagunas Estigias.

Espectáculo total

Siempre intuimos que bajo la suntuosidad barroca de los grandes teatros de ópera se esconden tumbas y cavernas sin fondo. La ópera es la celebración teatral convertida en espectáculo total, la reunión de

la poesía, la música, el drama, la danza, la pintura, pero es esta magnificencia la que la convierte precisamente en arte funeral. Es excesiva como un catafalco. Grandiosa como sólo pueden serlo los cenotafios, dentro de los cuales no hay nada.

Raras son las óperas clásicas que no tratan del misterio de la muerte, de la decadencia y del hundimiento. El fantasma de la ópera es el fantasma de la muerte, la dimensión trágica y trascendente que subyace a ese gran espectáculo de luces, violines y oropel

sobre el que navegan las voces de los dioses.

Gaston Leroux creó una historia que no deja de fascinarnos porque dice, con la amable desvergüenza de la cultura popular, algo que todos sospechábamos: que las grandes ceremonias paganas que constituyen el arte occidental tratan todas de la muerte. Que el arte se hace con sufrimiento. Que la esencia de la música es el silencio y el vacío. Que la vida del arte exige siempre un precio excesivo.

La novela original, que comenzó a apare-

UNA FANTASÍA GÓTICA, UNA OBLICUA REFLEXIÓN SOBRE LA RELACIÓN DEL ARTE CON LA VIDA



CHRISTOPHE GAULTIER

cer por entregas en 1909, ha tenido numerosas versiones en los escenarios y en el cine, además de incontables imitaciones y adaptaciones literarias.

Versión alcaolide

De las versiones cinematográficas recuerdo todavía con estupor la de Brian de Palma, *El fantasma del paraíso*, una de las películas más hipnóticas que he visto nunca (es posible que el tiempo no la haya tratado bien), versión roquera y como casi todo lo que se hacía en la década de los 70, fuertemente alcaolide.

La más famosa versión escénica es, desde luego, el musical de Andrew Lloyd Webber

EL ORIGEN

Para escribir «El fantasma de la Ópera», Gaston Leroux se inspiró en «Tribly», de George du Maurier, abuelo de Daphne du Maurier, a la que debemos novelas como «Rebecca». Publicada por entregas en «Harper's Magazine» en 1894 y como libro en 1895, «Tribly» mezcla bohemia parisina y misterio



EL AUTOR

El 19 de noviembre de 1909 apareció la primera entrega de «El fantasma de la Ópera». Su autor, Gaston Leroux, trabajó para los diarios parisinos «L'Écho» y «Le Matin», fue crítico de teatro y reportero en países como Corea, Egipto y Marruecos, y cubrió los primeros tramos de la Revolución bolchevique



EL PERSONAJE

«El fantasma de la Ópera» ha inspirado infinidad de películas. Una de las primeras, de 1922, estuvo protagonizada por Lon Chaney (arriba). Luego vendría, entre otras, «El fantasma del paraíso», de Brian de Palma (1974). Su paso al musical llegó de la mano de Andrew Lloyd Webber en 1986. Suma y sigue

de 1986, que tuvo una segunda parte, en 2010, titulada *Love Never Dies*, que tiene lugar diez años después de la acción clásica y en la que el fantasma y su amada Christine Daaé se trasladan nada menos que a Coney Island, Brooklyn.

La presente versión en forma de novela gráfica aparece en la colección «El chico amarillo» de Impedimenta, una editorial en proceso de convertirse en un verdadero mundo laberíntico, en un bosque de senderos entrecruzados, en un océano poblado de islas voladoras, ballenas que hablan y sirenas cantoras. Estoy seguro de que su editor, Enrique Redel, no duerme.

Chorreante barroco

El cómic no es pintura, no es dibujo, no es ilustración y tampoco es literatura: es un arte narrativo que usa las imágenes y la palabra. Las imágenes son fundamentales, no cabe duda. Me siento incapaz de disfrutar de un cómic cuyos dibujos no me gusten, aunque el guión sea del propio Alan Moore. Pero lo más importante es el carácter narrativo, el hecho de que las imágenes han de estar al servicio del ritmo, la caracterización, la elipsis, el punto de vista, la expresión del carácter, del espacio, del movimiento.

El fantasma de la Ópera de Christophe Gaultier comienza muy bien. La portada de la obra es sobrecogedora. Los dibujos son muy bonitos, mezcla de chorreante barroco y trémulo boceto con el lápiz todavía claramente visible, y la evocación del viejo Palacio Garnier, la ópera de París, está muy conseguida.

Uno se siente sumergido en el ambiente de terciopelo, olor a serrín, lámparas de gas. Los colores de Marie Galopin son inolvidables, cálidos, espesos y suntuosos como los propios materiales que evocan. Hay una gama de rojos, dorados y marrones que satura el ojo y lo acaricia. Es imposible pensar estos dibujos separados de sus colores, aunque sean obra de artistas diferentes.

La historia, como decimos, comienza muy bien, sumergiéndonos poco a poco en la misteriosa historia del Fantasma. Un joven romántico de larga cabellera rubia va todos los días a la ópera para ver *Fausto* (que es la ópera francesa favorita de ese país) porque está enamorado de una de

UNO SE SIENTE SUMERGIDO EN EL AMBIENTE DE TERCIOPELO, OLOR A SERRÍN, LÁMPARAS DE GAS

las cantantes, aquí llamada Ingrid Daaé. El gran protagonista es, quizá, el edificio del teatro, que recorremos en todas direcciones, desde

la gran sala hasta las bambalinas, desde los camerinos hasta los impresionantes tejados de bóvedas, cúpulas y estatuas.

La caracterización de los personajes varía desde la detallada sensualidad del cuello de Ingrid hasta un expresionismo con arañazos de grabado en madera, y poco a poco es el expresionismo el que se va apoderando de la estética.

El nuevo director de la ópera descubre que hay un palco, el número 5, que está reservado a un «fantasma de la Ópera» al que hay que pagarle todos los meses un salario. Este ser misterioso se presenta ante la joven Ingrid como un «ángel de la música» que le enseña la técnica del canto a fin de convertirla en una prima donna. Pero ella no le ve jamás: sólo le oye a través de la pared.

Un extraño triángulo

Una serie de misteriosos accidentes hacen que Ingrid debute en la ópera y alcance el éxito. Y aquí comienza el extraño triángulo entre Pierre, Ingrid y el fantasma. Una fantasía gótica, una oblicua reflexión sobre la relación del arte con la vida. La historia de una obsesión, del arte como obsesión, de la relación que existe entre arte, dinero, fama y éxito.

Es una lástima que la segunda mitad no esté a la altura de lo precedente. En vez de continuar su historia, Gaultier se pierde en una serie de mecanismos para abrir pozos y puertas, para entrar y salir de habitaciones y celdas. La fantasía gótica, el caballo blanco dentro de una barca dentro de un río bajo la tierra debajo de un teatro, París como catacumba y como infierno, no alcanza su apocalipsis. La edición, como era de esperar, de lujo.

ANDRÉS IBÁÑEZ

EL FANTASMA DE LA ÓPERA CHRISTOPHE



GAULTIER
Narrativa
Trad.: Olalla García
Impedimenta, 2014.
21,95 euros
★★★★